

POR UN SUEÑO

Estaba Pilar sentada en un banco a la entrada de la Escuela de primaria de un pueblecito del Alto Aragón, recordando sus primeros años de vida en aquel pueblo tan cercano a Zaragoza, que a los lejos podía ver las torres del Pilar.

Era una mañana tranquila de septiembre todavía calurosa de verano, cuando su madre la llevaba por primera vez a la escuela. Estaba nerviosa, sus ojos llorosos y a punto de derramar más lágrimas, cuando vio unas niñas de su misma edad en las puertas de entrada a la escuela; unas lloraban, otras asustadas, inmóviles, otras saltaban y jugaban con otras niñas que ya conocían. Sonó la campana para entrar en clase y salió corriendo a los brazos de su madre, pegó un salto y se agarró a ella tan fuerte con sus piernas y sus brazos que su madre no conseguía soltarle, intentó calmarla pero seguía aferrada a su cuerpo sin intención de soltarse. Una maestra de aspecto agradable, le puso la mano en su hombro y con voz suave le dijo; "Ven conmigo te voy a enseñar lo bonita que es la clase donde vas a estar con tus nuevos compañeros, lo pasarás bien y aprenderás muchas cosas". Sus palabras la tranquilizaron, dándole la mano la acompañó hasta dentro.

La escuela era pequeña, por entonces eran muy pocos niños los que tenían la oportunidad de ir a estudiar. Unos grandes ventanales por donde entraba los rayos del sol iluminaban toda la sala.

En el pueblo en aquella época vivían pocos vecinos por lo que los niños estaban repartidos en dos clases, la clase de los pequeños de edades entre 4 a 8 años y la clase de los mayores de 9 a 13 años.

Su maestra se llamaba Margarita. En la pizarra dibujaba unas grandes líneas curvas que formaban como caminos que luego retrocedían como al mismo lugar que había empezado. Pilar se quedaba admirada con esos dibujos. La maestra decía que aquellos trazos eran letras y números que con esos dibujos algún día formarían palabras y aprenderían a escribir, a leer, a contar, a sumar, a dividir.

A Pilar le entusiasmaron aquellos dibujos, pero donde los demás veían letras y números, ella veía bonitos dibujos... un bastón, un pato, una serpiente...es lo que su imaginación le hacía ver. Sonó de nuevo la campana y su maestra les dejó salir al patio un ratito a almorzar. Los niños jugaban con sus peonzas de madera y las niñas saltaban a la comba. Pilar salía con sus lapiceros de colores y dibujaba unos pájaros que trinaban encima de las ramas del único árbol que había en el patio.

La maestra señalaba con un palo de madera la pizarra y les hacía seguir con él las silabas que a su vez decía en alto y todos los niños tenían que repetir una y otra vez. Hasta que por fin, unos meses más tarde con una cartillas llenas de palabras y frases silabeaban ellos solos. Todos menos Pilar.

Pilar solo pensaba en dibujar todo aquello que tenía dentro de su cabeza; hadas, mariposas, duendes, elefantes, girafas, leones, todo lo que soñaba despierta lo plasmaba en sus dibujos. Pero claro, tenía que aprender la otra parte que menos le gustaba y que más le costaba aprender, porque sus sueños y su imaginación la apartaba de todo lo demás. Pero ella seguía silabeando, como el resto de sus compañeros y poniendo mucho empeño.

Un buen día, salió de la escuela corriendo hacia donde su madre la estaba esperando; ¡Ya sé leer!, ¡Ya sé leer!, le dijo contentísima. Su madre la abrazó emocionada. Ella nunca tuvo la oportunidad de aprender a leer.

A Pilar le gustaba mucho ir de excursión. De vez en cuando llegada la primavera iban a la Ermita por el camino hacia Pastriz. El camino era largo, o eso parecía cuando eres pequeño. Mientras caminaban, cantaban canciones populares que Margarita les había enseñado. En los campos veían a niños de su misma edad, arando, sembrando y ayudando en lo que podían. A Pilar le entristecía el que estos niños no pudieran ir a la escuela como ella.

Cuando llegaban a la ermita cansados de caminar, bebían agua fresca de un botijo que siempre había en la puerta de entrada. Pasaban el día jugando, saltado, corriendo y Pilar como es de esperar, dibujando.

Pasaron los años, aprendió muchas cosas en la escuela con la única maestra que había tenido durante aquellos años. Y de la cual guardaría muy buen recuerdo. Gracias a ella aprendió que las matemáticas le aportarían mucho conocimiento. La lengua castellana y literatura le abriría muchas puertas a la hora de expresarse y relacionarse en el entorno que quisiera y transmitirlo. A leer libros de aventuras que tanto le gustaban. Las ciencias naturales y sociales le enriquecerían a tener una cultura y conocimiento sobre el universo, la tierra y la vida.

Pilar seguía dibujando, tenía cuadros preciosos por toda la casa de sus padres, regalaba a sus amigos, casi todos los vecinos del pueblo tenían un cuadro de Pilar en sus casas. Ganó concursos de pintura y de literatura infantil. Tenía muchas amigas y compañeras. Había conocido a muchos maestros, con algunos mantenía una amistad muy especial por todo lo que la habían apoyado. Pero sobre todo aprendió a ser ella misma, a no dejar de hacer lo que le gustaba a pesar de los tiempos, a no tener que dejar atrás su creatividad y su esfuerzo, que le ayudó a llegar hasta Benasque, donde vivía y era maestra desde hace muchos años. Enseñó a muchos niños del campo a leer y escribir. Escribió e ilustró muchos cuentos infantiles y sobre todos nunca dejó de soñar.